

La fuerza constitutiva del orden

Ficción y realidad de los sujetos políticos

Nerva Bordas de Rojas Paz

La idea de orden desnuda una esencia: aquélla por la que algo es de una determinada manera. Llevada a lo político, su virtud está en lograr que lo plural se reúna componiendo un sujeto con la fuerza de un nosotros cohesionado y uno. De entre las muchas posibilidades de leer la significación de un orden político, hemos elegido la que nos remite a la fuerza constitutiva del ser. Ello exige, a su vez, dirimir conceptualmente las condiciones que autoricen tal pertenencia.

Condenados los hombres al orden como a la libertad, ambos resultan partícipes necesarios de toda creación. El orden, sobre todo en el grado de lo político, testimonia el modo de una libertad y su reconocimiento o negación. Junto a ellos, la ley es el elemento vinculante que, en tanto objetiva la libertad, "constituye" en el sentido fuerte del término. Entonces asume una misión y un destino: dar vida enhebrando lo disperso y transformándolo mediante el paso cualitativo de lo impersonal al nosotros ético-político. El resultado inmediato es producir una conjura del caos, siempre presente. Libertad y orden en comunión se absuelven, recíprocamente, de todo condicionamiento estático y de la rigidez de lo muerto. Alcanza el orden como ley constitutiva que hace real la libertad de las partes en el todo, a través de su participación concreta, es el primer grado de la justicia; la llamamos *justicia originaria* y es elemento inexcusable de la constitución real. El análisis nos ha revelado la libertad y el orden, junto a la ley y la justicia y, con ellas, la dimensión más profunda de lo político, leído ontológicamente. Esa unidad así nacida es expresión de la sabiduría colectiva; adquiere personalidad propia e identidad singular; es capaz de decir lo individual en el todo con grado de pertenencia: un yo que se reconoce en el conjunto como creación ancestral y un conjunto operando como todo singular. Por ello decíamos al comienzo que la idea de orden ligada al ser desnuda una esencia.

En este trabajo buscamos la verdad de su conformación, la hondura de su alcance constitutivo y la representatividad real que la origina. Con ello afrontamos *la diferencia entre un orden ontológico y un orden meramente instrumental*. Mientras el primero tiene la fuerza constitutiva del ser, el segundo fuerza la colocación de las partes operando sobre ellas como piezas estratégicas para su dominación.

Generar mapas de dependencia o mover piezas dependientes en base a la reformulación de esquemas de dominio, son estrategias de poder que no dicen orden; conjuntos armados a través de leyes instrumentales dictadas jerárquica y autoritariamente. Cuando el orden tiene el carácter de lo impuesto, la violencia es su sostén; lleva entonces consigo la desestructuración del ser y refiere un eufemismo.

Apelar a la fuerza constitutiva obliga a definir el modo de integración entre el *orden* y el *caos* y las mediaciones en cuya virtud la multiplicidad se compone. Según sea el papel que se asigne al caos, la libertad, la ley o la justicia podremos hablar de un ser político ordenado en términos constitutivos o sólo de un sujeto diseñado ficticiamente para operar “como si” lo fuera.

Pasamos a considerar la relación caos-orden y las mediaciones actantes en lo múltiple, para luego distinguir entre el orden político interno de un Estado moderno, su proyección al orden internacional y la vigencia de tal experiencia en nuestro tiempo.

1. Relación entre caos y cosmos

La intimidad o no de esta relación caos-cosmos es resultado de una determinada concepción del mundo que oscila entre la integración o la disociación. Podemos comprender el caos como el campo de una libertad creadora, trasfondo fundante del orden, o como motor activo de disolución. Ambos sentidos interactuándose exigen del hombre el ejercicio ineludible de la *prudencia*. En el primer caso, hay vocación de ser e invocación al hombre

para continuar la tarea ordenadora que se inicia desde lo trascendente: un imperativo de vida. El orden aprehende esa dimensión de libertad y conjura lo inasible incorporándose al movimiento dinámico del que procede. De ese modo, el orden conjugado desde el caos libera, participando de la libertad de origen. La dimensión del ser toma consistencia en el hacer de aquella creación que reconoce el orden no como algo subsistente por sí, sino en su pertenencia cósmica y fundamento intangible. El orden político se inscribe en esta lectura desde la relación libertad-coacción, orden justo orden impuesto. La filosofía es el pensamiento internándose en las profundidades caóticas, para acompañar, fortalecer y revelar la ley emergente que al ordenar crea. Lo político exige la hondura del ser participativo.

El caos agita sus aguas entre la negatividad de la incoherencia y la positividad de la libertad, transformada en ley ordenadora. La visión que integra ambos términos (caos-orden) es un juego equilibrado de fuerzas; de ese equilibrio resulta un orden que reconociendo la libertad, se caracteriza por ser abierto, desabsolutizado y dinámico; al no negar, el caos, pone en vigencia un permanente renacer. *Kusch* propone “asumir otra vez el caos original sin las recetas de la ciencia del siglo XX...”¹.

Por su parte, *Vargas Llosa* en “Bienvenido caos” (*El País* 17-11-91, Madrid y *La Nación* 4-12-91, Buenos Aires) destaca la corriente vinculante entre orden y caos y trae al análisis la necesidad de no olvidar la función del caos y la precariedad de todo orden humano: “No importa cuán elaborados y complejos sean esos órdenes que inventa el hombre para combatir el aburrimiento, el hambre, la violencia o el miedo, todos son precarios pues la realidad última dentro de la que han sido contruidos los desmiente y amenaza: ella carece de organización, de lógica, de una coherencia objetiva, que el conocimiento humano pueda aprender. Sólo en la superficie es la realidad –social o física– un orden”.

Estas afirmaciones son un llamado a la asunción de lo caótico latente en la realidad última y a la contención del hombre en aquello que lo trasciende. Sin embargo, no ha deslindado entre la inevitable imprevisibilidad ontológica del ser,

cuyo destino inexorable es la finitud y el acabamiento, y la exigencia de cavar hondo en esa finitud, como pedía *Goethe*, tarea inexcusable del hombre que asume la carga de lo insondable de su vida precaria. La ley humana que ordena el ser completa una obra ya inaugurada y están presentes y en tensión la ley humana y la ley divina como plantea *Antígona*. La aparente superficialidad que atribuye Vargas Llosa al orden humano, la innata precariedad del ser, no exime la profundidad. Su obra literaria, por ejemplo, no es sino un intento de eternidad acompañando la precariedad de nuestro vivir en su manifestarse más profundo; con ella se mantienen los lazos de finitud-infinitud en los que se debate toda existencia. No es aceptable apuntar a la precariedad o inestabilidad de la vida (su forma de ser más propia) para justificar un orden superficial y evadir la densidad del ser que en ella se debate, donde el hombre, a través de su tarea es capaz de ordenar con la fuerza constitutiva del ser. La densidad de cada instante de esta existencia efímera es un llamado misterioso e ineludible. Cuando el hombre “inventa” el orden –como dice Vargas Llosa– no hace sino reiterar una acción primordial y continuar una tarea; aunque modernamente esté empeñado en desconocerlo y quiera arrogarse el comienzo absoluto. Por tanto, el invento necesita de la participación cósmica; en tanto lo olvide, abandona el ser.

Cuando lo político se desprende de esta línea ontológica que exige densidad, pierde su esencia y deviene insustancial: lo efímero sin consistencia sustantiva.

El ser en su constitución más íntima es esa inestabilidad sobre la que crece y se desarrolla, con vocación de eternidad. Asumirla es asumir la muerte, el misterio, los dioses, un legajo humano que no puede ni debe parcializar un alcance. En otro trabajo que titulamos “*El miedo en América*”², nos hicimos eco del llamado de *Kusch* a aprender a vivir con los miedos, integrantes necesarios de la experiencia de sabiduría.

Cuando Vargas Llosa lee el orden desde la libertad individual absolutizada, resulta difícil no ser arrastrado al otro extremo del desorden: la *anarquía*. Ese tipo de libertad, tal como él propone, termina disolviendo la libertad; congelada en lo particular, no alcanza su destino final: conjugarse en el todo.

La concepción integradora del caos y el orden –que este autor parece enunciar pero no completa– hace visible la presencia de lo imprevisto, como sustrato vital de lo humano. El hombre, pasajero en busca de eternidad, estructura políticamente lo múltiple, que fecunda y ordena a partir de un principio de coherencia unificador. Entonces es *ley ontológica con fuerza constitutiva*. La determinación consciente de convivir con el misterio, el caos o lo inmanejable es realización de la libertad creadora, que no se ha absolutizado sobre sí misma y mantiene la dimensión de la trascendencia y el sentido de la compañía.

Occidente moderno se ha caracterizado por una comprensión desintegradora de esta relación, lo cual es fácilmente apreciable en la significación dada a lo político: *cohesión coactiva desontologizada*. Se instala mundanamente con vocación de dominio absoluto del ser, aun a costa de tergiversarla o perderlo. Transforma el orden en algo construido por lo humano de modo racional y lógico que quiere eludir incertidumbres, dudas y misterios. Con ello lo absolutiza dejándolo sin espacio para lo imprevisto. De allí la bienvenida al caos de Vargas Llosa.

Por eso nuestro intento de llegar al orden desde la fuerza constitutiva del ser, para lograr, conscientes de su precariedad, que una multiplicidad amanezca desde una coherencia interna que la legitime como experiencia de unidad. Tal coherencia exige una mediación operando la cohesión. Pasamos a su consideración.

2. La mediación en la constitución del orden: justicia o imposición

Llevamos analizado como el orden asume sobre sí la carga de la creación. Su delimitación es la delimitación del ser. Nos proponemos atender a las mediaciones que operan esa constitución, revelando las condiciones que hacen factible *un orden político con densidad ontológica*. Esas mediaciones son el resultado de un modo de entender el todo, producto de la cosmovisión cultural que las origina. El modelo griego y moderno ofician de parámetros.

La relación caos-cosmos originada en el *mundo antiguo* fructifica en un orden que al ensamblar lo múltiple, reproduce la eterna obra inaugural de los dioses. Éstos, por definición, ordenan en justicia: el ser es justo en tanto tal. La ley es justicia del ser; el hombre reitera, reedita y al hacerlo busca la coincidencia con la justicia del ser que le viene dada. Reubica así su creación en el complejo general del cosmos. La mediación de la justicia en la constitución del ser es inherente a la ley divina que el hombre debe respetar. La tarea humana refleja y mantiene ese orden dado y se inserta en la armonía cósmica. Sin justicia, sin libertad, no hay ley, ni orden, ni ser³. La justicia media la posibilidad de ser y asume el grado supremo de la ordenación política. La polis es ser político subsistente por sí y, como todo, es un ser político moral.

La *modernidad* produce la racionalización del mundo volviéndolo un todo ordenado matemáticamente, desentendido de las ontologías y sus elementos. De ese modo es fácilmente manejable a voluntad de quienes asumen la dirección y representación de lo múltiple. Ordenar es dominar antes que ser; se ordena para la dominación. En este caso, el orden es un modo del cálculo del ser para su manipulación. La mediación es ahora cálculo y coacción, donde el hombre se experimenta como constructor inaugural.

El orden político toma esas mediaciones y la unificación del todo es un dato impuesto. Se expresa en dos direcciones en apariencia diferentes pero iguales en su finalidad. Una actúa como orden cerrado –orden interno estatal– apelando a una composición cierta y estable con cánones imperativos de conducta, acomodados a tal fin. La mediación aglutinante es la coacción monopólica a través del Estado. La otra se presenta como fuerzas inconexas –orden internacional–, dejadas en estado de naturaleza u orden salvaje. *Parece una desmesura hablar de orden: el poder se precipita hacia el más fuerte*. La mediación es la fuerza, el orden es impuesto y el ser carece de densidad ontológica, se experimenta insustancial e inestable por lo que es fácilmente manipulable. La composición es matemática y violenta. (*Hobbes*). Se abandona el orden cósmico que presidía las decisiones de la Grecia antigua para dar paso a la autosuficiencia

de un yo racional, ordenador por construcción del mundo a su imagen. El orden político deja de ser un juego prudente para penetrar el campo de lo necesario, racional o lógico. La cohesión de lo múltiple apela a la necesidad lógica. Se vuelve perentorio predeterminedar las conductas delimitando el comportamiento en la indigencia de una libertad abstracta. La ley alcanza juridicidad porque es comprendida desde la sanción antes que desde la justicia.

3. El orden político como Estado moderno

La figura del Estado moderno se apodera de lo político desde la ley coactiva: la unificación de lo múltiple adopta el esquema de una individualidad cerrada, que asume el control de la violencia y de la justicia, experimentada como mera concordancia entre el hecho y la ley⁴. Se separa lo ético-político de lo jurídico produciendo un distanciamiento entre la ley y la sociedad, del mismo modo que escinde el sujeto plural entre sociedad y Estado⁵. La ley se impone a la sociedad por la autoridad y aquélla –la sociedad– no la ve ya como “su ley”, al haber perdido la dignidad del ser; pasa a cumplir el papel de *ordenador violento*.

La conformación de la multiplicidad leída en términos de identidad hace su experiencia en el aislamiento y la falta de reconocimiento institucional público. Lo político se concreta en instituciones que adoptan el esquema jurídico de ley coactiva y organizan el Estado y el gobierno autonomizados. El orden político pasa a coincidir con el orden legal, cuya juridicidad –como ya señalamos– está dada por el ejercicio monopólico de la coacción que asume ese tercero –el Estado–; éste ha sido creado para el control de la violencia interna. Desde esa juridicidad se cohesiona la multiplicidad en función de una ley estatal dictada jerárquicamente. El carácter de esa ley determina el carácter del orden y su naturaleza. Vemos como *una ley coactiva da un orden coactivo y una ley justa un orden justo*. Modernamente el Estado representa la primera opción.

Por ello afirmamos que el elemento mediador adquiere una significación decisiva para caracterizar el alcance y el sentido del orden. Señalamos en el

punto 1 del presente, como momento clave, la experiencia democrática griega. El elemento mediador es la justicia, en tanto virtud; ella instala la *polis* en el orden: la ley coincide con la justicia; su objetivo es alcanzar un orden estable en el camino a la *felicidad*, finalidad suprema del hombre y de la *polis*. De esa mediación surge la experiencia política como polis. Su exigencia está vinculada con la necesidad de dar fuerza al yo colectivo, ennoblecerlo junto al de los individuos que la integran y permitir el cumplimiento de su fin. Justicia y orden son categorías del ser en Grecia, nos recuerda O. Paz en *El arco y la lira*⁶. Ley, justicia y orden se identifican ontológicamente. En la *Política*, Aristóteles nos dice que la "justicia, en cambio, es cosa de la ciudad ya que la justicia es el orden de la comunidad civil y consiste en el discernimiento de lo que es justo"⁷. En la *Metafísica* agrega la fuerza cohesionante del principio. El inicio del libro XII, cap. 10 es interpretado por Gómez Pin diciendo que "el principio constituye la garantía de un orden, una coherencia, que es la expresión del todo referido a su fundamento..."⁸. En el mismo sentido se expresa en la *Ética a Nicomaco*⁹.

Jaeger recuerda que "cuando traducimos la palabra griega *polis* por el término moderno Estado que se remonta al concepto romano tardío de *status conviene* recordar que la *polis griega* no implica un orden impuesto mecánicamente por la autoridad estatal en el sentido moderno..."¹⁰.

Aparecen en este texto expresados los dos tipos de orden que venimos analizando: orden justo-orden impuesto, en sus dos experiencias históricas concretas. La mediación de la justicia o la coacción.

La idea griega del orden pasa al medievo ligada al orden divino. San Agustín refiere que el "hombre puede constituir un orden segundo, el Estado, cuya estructura será realmente orden en la medida que refleje el orden primero o lo determine. De lo contrario, el Estado es verdadero latrocinio"¹¹. Para Santo Tomás la justicia se modela sobre el ser¹².

La mediación del mundo moderno nos determinó el orden que corresponde al Estado moderno. La ley coactiva se desinteresa de la justicia;

reúne por la fuerza del poder centralizado en el Estado, sin control externo a él mismo. El Estado moderno tiene una finalidad: evitar la guerra entre las partes. La autoridad y su ley coactiva se autonomizan y así median un sujeto político cohesionado por la fuerza. La figura de *Hobbes* es representativa –no la única– de este modo. Kant define al Estado como la unificación de una multiplicidad de hombres bajo leyes jurídicas¹³. No olvidamos que lo jurídico moderno tiene como nota distintiva la *coacción*.

Bobbio desnuda estos caracteres reiteradamente. Citamos algunos párrafos elocuentes de su obra *El futuro de la democracia*: "... la teoría del contrato social cuyo objetivo era el de justificar racionalmente la existencia del Estado, de encontrar una fundamentación racional del poder político, del máximo poder del hombre sobre el hombre no de proponer una sociedad justa"; "el problema fundamental de los iusnaturalistas, *Hobbes*, *Puffendorf*, jamás fue el de la justicia, sino el del poder de manera particular, el del poder que no tiene encima de sí otro poder, el poder soberano... fundado en el uso exclusivo de la fuerza..."¹⁴.

Weber remata este sentido moderno en la realidad contemporánea. Lo uno y lo múltiple se siguen relacionando modernamente: la coacción en la ley y el Estado aseguran un orden que impone la cohesión autoritaria de lo múltiple sin que se profile otro modo de entender lo político; un orden coactivo impuesto desplaza el orden ontológico que es negado.

"Lo que asegura la unidad del todo es la ley y quien tiene el poder de hacer la ley, de *condere leges*, es el soberano", dice *Bobbio*¹⁵.

A nuestro juicio, el elemento participativo con sentido de pertenencia al grupo, tiene carácter central para alcanzar un todo con personalidad propia, legitimado, que se autoreconozca como obra colectiva. Más allá de las determinaciones históricas nacidas de condicionamientos circunstanciales, hay un grado de cohesión grupal que se lee en términos de identidad y pertenencia cultural. El tejido social se ordena sobre determinaciones profundas *que lo arman*

como comunidad y como Nación o no se ordena en su ser político. Allí está la base sustancial de un orden que dice una identidad integrada como superación permanente de un caos, siempre presente en tanto se vive y es experiencia de libertad. Allí hay una fuerza constitutiva a través de un orden que hace ser a un pueblo quien es. Trastocar ese orden ontológico, por un orden impuesto desde afuera de la trama de sentido urdida trabajosamente por generaciones, implica un disloque de gravísimas consecuencias sobre el grupo, visto como retroceso, estancamiento y rupturas estructurales.

4. El orden político externo: estado salvaje

El orden alcanzado por los Estados en su relación externa, llamado *orden internacional*, no ha superado la realidad nacida en el pasado inmediato. Como lo señalan Kant, Hegel y la filosofía política moderna en general, la cuestión del encuentro internacional político no pasa del “estado de naturaleza”, expresión utilizada como opuesta a lo civilizado, testimoniando así la desvalorización de lo natural dado, propio de la época.

Si nos preguntamos por la posibilidad de una trama de sentido en busca de la identidad de un mundo, el terreno no puede ser más fangoso. Las relaciones se sostienen en un orden violento y la ley del más fuerte. La memoria histórica da cuenta de relaciones conflictivas, delimitación del poder por guerras, conquistas, aprovechamiento del más débil, imperios, etc. entre los sujetos políticos. Como Estados modernos, experiencia de lo político hoy generalizada, los pueblos concretan la figura de un *individualismo* que se cierra sobre sí y proyecta externamente el grado de violencia congénito.

La reflexión sobre el orden político internacional moderno, exige tener presente tres aspectos que integran de modo necesario su marco conceptual:

a) *El siglo XX ha universalizado la figura del Estado Moderno*. El planeta en su conjunto la adopta tipificando internacionalmente los sujetos políticos

bajo esa figura, con diferencias que no modifican los ejes estructurales básicos. Esto produce un cambio respecto de los siglos XVIII y XIX, momento en los que algunos pueblos todavía conservaban su organización política singular. *Kant* y *Hegel* recogen la problematicidad que introduce la diferencia de niveles políticos y hacen referencia a la dificultad de la interrelación por esa causa.

b) *El nexa entre los Estados es la guerra de todos contra todos.* De hecho no hay vinculación directa entre los pueblos sino entre los Estados que los conducen, más allá de los procesos culturales interiores.

c) La configuración interna del Estado está en relación directa con el tipo de orden que se genera en el ámbito de las relaciones exteriores. Dicho de otro modo, *el carácter o la estructuración que preside el orden interno se vuelca sobre el orden exterior.*

De ese modo, un Estado concebido como individualidad cerrada genera un estado de guerra y violencia en los términos que *Hobbes* expresa.

En el orden internacional se mantiene la visión coactiva del orden pero ya no como monopolio jurídicamente establecido, sino como estado de guerra latente o declarada. La coacción internacional no alcanza legitimación legal. Los Estados son mónadas sin ventanas y la única ley vigente es la del más fuerte. Este ejercicio de la fuerza presenta un amplio esquema de variantes en su expresión concreta según los condicionamientos circunstanciales. El orden es impuesto ya sea subterráneamente, –sale a la luz a través de la acción de uno o varios Estados cuando las circunstancias lo exigen–, o mediante un poder concentrado en manos corporativas transnacionales de fuerte peso económico; o por la acción violenta directa y descubierta del más fuerte.

La interiorización en la naturaleza del orden nos permite afirmar que *hay todo ordenado cuando resulta del ejercicio de la libertad creadora individual y colectiva y que no lo hay frente a la negación ontológica y la violencia en el ser.*

El orden impuesto para evitar la guerra, por ser impuesto, deja de ser orden y pasa a ser control del poder. Esconde un desorden básico y tiene la vida que corresponde a una imposición: es inestable y efímero contradiciéndose a sí mismo. Queda ligado a la suerte de quien circunstancialmente ejerce el poder.

Nuestro tiempo asiste a un cambio que tiene que ver, más que con el ejercicio del poder político, con la estructuración de un sistema de vida que se impone universalmente. Tiende a borrar las vallas culturales de los núcleos nacionales. El orden internacional está sujeto a imposiciones cada vez más ceñidas y hoy apunta a afianzar sistemas de vida diseñados para su alcance universal.

5. Vigencia contemporánea del orden internacional moderno

El orden internacional que hemos analizado en su peculiaridad conceptual, es el *estado de guerra de todos contra todos*. Ese estado de guerra internacional, efectivo o latente, es inevitable; está en la base misma del Estado y tiene su origen en el egoísmo natural de los individuos y los Estados.

Así lo consideran *Kant* y *Hegel*, representativos de dos propuestas de diferente sentido –para Kant la guerra debe evitarse no así para Hegel– pero de idéntico resultado: inevitabilidad de la guerra y estado de naturaleza definen el llamado orden internacional. *Kant* propone realizar acciones que tiendan a la paz perpetua. *Hegel* ve en la guerra un elemento saludable, motor histórico del Estado tanto en lo interno cuanto en lo externo.

A través de ellos nos llega la concepción de los siglos modernos pasados. Afirmamos su vigencia en nuestro tiempo. La calificación de *orden* resulta inadecuada frente al estado de guerra inevitable.

Kant señala, en los *Principios Metafísicos de la Doctrina del Derecho*, que es posible apelar a una guerra justa: “En el estado de naturaleza de los Estados,

—sostiene— el derecho de hacer la guerra es el medio permitido a un Estado para perseguir por la fuerza su derecho contra otro Estado cuando él se haya creído lesionado por el otro...”. En su concepto, la guerra puede ser justa pero el hombre debe poner su empeño en alcanzar la paz. Propone *la paz perpetua*. Aunque, según expresa, resulte una idea irrealizable, es posible alcanzarla a partir de principios políticos que reúnan a los Estados en acuerdos federativos. Tal es la idea que concreta en su ensayo titulado *La paz perpetua*: llegar a esa finalidad mediante alianzas entre los Estados, que sirvan para acercarlos continuamente a ese objeto. Argumenta que esa aproximación, al estar fundada en el deber, le parece ciertamente realizable. El estado hegeliano toma la figura de una individualidad excluyente y, en tanto tal, se proyecta al exterior. La consecuencia inevitable es la guerra pero, a diferencia de Kant, no cree en la paz perpetua. La guerra no debe ser evitada. *Hegel* realiza un análisis apologético de la misma y, en definitiva, la concibe como la salud ética de los pueblos.

Ambos autores demuestran que la guerra, ya sea como mal a evitar o salud ética, es el estado natural del orden internacional. Hasta nuestros días, no se ha podido alcanzar “mediaciones” que permitan salir del esquema de un orden estructurado sobre un eje dominante (Estado, conjunto de Estados, corporaciones transnacionales) que ejerce el control del mundo a partir de la fuerza, manteniendo el carácter dependiente de los más débiles.

Los cambios producidos a través de las diferentes experiencias históricas tanto de siglos anteriores como de este siglo, incluidas las más recientes, no constituyen un nuevo orden o nuevas estructuraciones de fondo, sino *simples desplazamientos en la lucha por el poder*, según condicionamientos contingentes y arbitrarios. La relación entre Estados sigue fundamentada en la ley del más fuerte; expresa un complejo condicionado por la violencia que adopta diferentes modos según el tipo de acontecimiento histórico que se produzca.

En un artículo reciente publicado en el diario *Clarín* (Bs. As., 3-12-91) *Kissinger* cita palabras del presidente de los EE.UU. *Bush*, definiendo lo que en

nuestros días se ha dado en llamar “nuevo orden”. Lo define como “aquél en el que ningún país debe renunciar a un ápice de su soberanía; un orden caracterizado por el imperio de la ley en lugar del uso de la fuerza, con soluciones coordinadas para las disputas, en lugar de la anarquía y el baño de sangre y una generosa creencia en los derechos humanos”. Nos resulta difícil justificar la frase referida al “imperio de la ley en lugar del uso de la fuerza”. Por más esfuerzos que hagamos los ejemplos contrarios abundan. *Kissinger* señala su distancia conceptual con esta visión, incluida la doctrina de la seguridad colectiva. Si las Naciones Unidas –afirma– hicieron posible “el apoyo colectivo fue la perspectiva de que sin éste los EE.UU. actuarían en forma unilateral”. En su opinión “la victoria de los EE.UU. en la Guerra Fría ha generado un mundo totalmente diferente a la experiencia norteamericana reciente... la dependencia de nuestros aliados en la protección norteamericana ha declinado. Por ende, se mostrarán cada vez menos dispuestos a subordinar sus juicios en forma automática a los de Washington. Europa y Japón desarrollarán fuerzas de defensa cada vez más autónomas... Actuamos en el Golfo en principio y en parte básicamente debido a la importancia del petróleo para los intereses nacionales de los EE.UU. La creación de un nuevo sistema internacional se verá complicada por el hecho de que la experiencia histórica de los otros protagonistas importantes tienen pocos puntos en común con la manera como los EE.UU. han considerado el problema del orden mundial”.

Las citas confirman lo expuesto en este trabajo. Más allá de las diferencias entre Bush y Kissinger, nuestra lectura sitúa el planteo mostrando que las mismas *sólo representan distintos modos de lo mismo*: distribución y ejercicio del poder hegemónico, tensiones internas que se desatan para arrogarse la conducción del mundo monopólicamente, con miras a prescindir del concurso de los otros países “importantes”. El orden sigue siendo el mismo: estado de naturaleza, guerra de todos contra todos, ley del más fuerte.

Para que haya “nuevo orden” el encuentro con los otros Estados debe de estar mediado por el reconocimiento legítimo donde jueguen los elementos que dejamos señalados en el punto 1 y 2: libertad-orden, ley justicia. No hay orden en el grado del ser sin que participen las partes en la composición del todo.

Un nuevo orden mundial exige una nueva concepción de lo político y del ejercicio del poder, tanto en lo interno cuanto en lo externo. Cuando el orden no constituye sino que mantiene un desorden estructural caótico bajo un orden logrado superficialmente desde la fuerza, no hay orden. Los pueblos maduran su respuesta hasta lograr la satisfacción de lo negado. Nos parece ilegítimo y engañoso calificar como "orden mundial" o "nuevo orden mundial" al estado actual de las relaciones internacionales.

Nuestro propósito apunta a *desenmascarar* lo dado para delinear caminos posibles de recuperación. Diferenciar una situación de otra no es un mero análisis erudito: implica tener claro el papel que los pueblos dependientes deben cumplir en la defensa de sus intereses. Del juego de fuerzas, presiones y capacidad de maniobra depende, hoy día, el papel que cada una de las partes cumpla. La forma de vertebrar el sujeto político concreto tiene carácter fundante para sí mismo y para la inserción en el esquema mundial.

Notas

¹ R. Kusch, *Geocultura del hombre americano*, G. Cambeiro, Bs. As., 1976.

² N. B. de Rojas Paz y otros, *Kusch y el pensar desde América*. G. Cambeiro, Bs. As., 1989.

³ N. B. de Rojas Paz, *Comunidad como derecho y justicia*, Docencia, Bs. As., 1986.

⁴ N. B. de Rojas Paz, "El sujeto político como Estado moderno", en *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales* n° 15/16, Bs. As., 1991.

⁵ N. B. de Rojas Paz, "El estado hegeliano como individualidad excluyente", en *Cuadernos de Ética* (en prensa).

⁶ O. Paz, *El arco y la lira*, F. C. E., México, 1967, p. 200.

⁷ Aristóteles, *Política*, 1253 a.

⁸ Aristóteles, *Metafísica*, 1075 11-13. V. Gómez Pin, *El orden aristotélico*, Ariel, Barcelona, p. 22.

⁹ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1.134 a y b.

¹⁰ W. Jaeger, *Alabanza a la ley*, C. E. C, Madrid.

¹¹ San Agustín, *Ciudad de Dios*, Libro II y XIX.

¹² Santo Tomás de Aquino, *La justicia*, Cursos de Cultura Católica, p. 21.

¹³ I. Kant, *Doctrine du Droit*, Vrin, París, p. 195.

¹⁴ N. Bobbio, *El futuro de la democracia*, F. C. E., México, p. 114.

¹⁵ N. Bobbio, *op. cit.*, p. 104.